

## CAPITULO XXXIII.

## A CIEGAS . . . . .

Al Gobierno se presentó desde ese momento el problema gravísimo de lo que debía hacer con los prisioneros. En el Gabinete había distintos criterios: unos Ministros opinaban que se fusilara a los reos sin conmiseración y otros creían que debía esperarse el fallo de los Tribunales y decidir entonces, en vista de las circunstancias, lo que se hacía. La misma familia Madero estaba dividida, don Gustavo opinaba por la energía, otros aconsejaban la magnanimidad. El Presidente, vaciló; al fin, se decidió al perdón.

El licenciado Ricardo del Río, nombrado defensor de don Félix Díaz, desde los primeros instantes, llamó en su auxilio al licenciado Rodolfo Reyes, al licenciado Fidenio Hernández y al licenciado Esteban Maqueo Castellanos. Todos empezaron a interponer recursos, con la mira de alargar el proceso. La Suprema Corte de Justicia de la Nación los ayudó en su obra, ordenando se suspendiera la ejecución de los reos mientras se tramitaba el amparo; y la Corte Militar les prestó ayuda más eficaz, ordenando se rindieran nuevas pruebas, durante la revisión del proceso.

Adoptado por el Gobierno el temperamento de sujetarse a los procedimientos legales, puede decirse que estaba salvada la vida de los reos; porque el tiempo necesario para rendir las pruebas solicitadas, haría que los

ánimos se enfriaran y seguro el indulto de todos los sentenciados.

Los amigos y defensores de don Félix Díaz, sin embargo, comenzaron a hacer manifestaciones en su favor; una de ellas, la más importante, sin duda alguna, fué la que hicieron las damas mexicanas, a solicitud de algunas señoras de Oaxaca, a quienes encabezó doña Matilde Castellanos, viuda de Maqueo. Las señoras acudieron al Presidente de la República, solicitando una entrevista, y en ella pidieron el indulto de don Félix Díaz. El señor Madero estuvo atento con ellas, pero nada ofreció, ni se comprometió a nada. Una de las señoritas, de las que iban en la manifestación, suscitó un incidente desagradable, porque encarándose con el Presidente de la República le dijo alguna impertinencia a la que el señor Madero no dió importancia.

Esa tarde, hubo otro incidente, y fué la manifestación de simpatía que los alumnos del Colegio Militar, hicieron a las señoras, cuando al retirarse de Chapultepec, concluida la entrevista con el señor Madero, atravesaron el patio del Colegio.

La "porra" no podía permanecer inactiva en aquellos momentos: a su vez organizó una manifestación callejera que pidiera al Presidente la inmediata ejecución de los reos. Esta manifestación fué recibida con demostraciones hostiles por los alumnos del Colegio Militar, motivando que se les hiciera un extrañamiento y se les advirtiera que les estaba vedado inmiscuirse en la política. El paso dado por "la porra" no podía ser más antipolítico, y fué interpretado como una crueldad. El público protestó indignado contra el procedimiento y los reos, desde ese día, contaron con nuevas simpatías. El sentimiento dominante, en la gente sensata, era que el

Gobierno tenía necesidad de ser inexorable, si quería mantener la disciplina en el ejército y su propia conservación; pero esto, que se pensaba y estaba en la conciencia de todos, desde el momento en que se traducía en hechos concretos de una agrupación poco simpática para la opinión, y que aparecía como tratando de imponerse al Presidente de la República, tomando la forma de una represalia política, mataba los sentimientos de justicia para hacer prevalecer únicamente los de piedad, que atropellaban los manifestantes.

La lenidad del Gobierno, o mejor dicho, su deseo de sujetar sus procedimientos estrictamente a la ley, dió alas a los conspiradores. Desde a mediados de Noviembre, pocos fueron los habitantes de la Capital de la República, que no tuvieran un puesto en el Gobierno, que no fueran conspiradores, o cuando menos, invitados para serlo.

El Ministro señor Hernández, continuaba otorgando su confianza al Mayor Celso Acosta, que era el lazo de unión entre los conspiradores y los revolucionarios de Veracruz.

El Coronel Gaudencio González de la Llave, que desde el mes de Septiembre se había sublevado contra el Gobierno, había organizado sus fuerzas, y de acuerdo con el Brigadier Higinio Aguilar, que también andaba pronunciado contra el Gobierno, controlaba parte del Estado de Puebla. Desde donde estaba había logrado ponerse en contacto con los revolucionarios que Tello había levantado en Zongolica y Alvarado y Aguirre Perea tenían en Tuxtepec, lo que le permitía tener una gran zona levantada y una salida fácil en caso de persecución activa.

Cuando estalló el movimiento del Brigadier Félix

Díaz en Veracruz el Coronel González de la Llave envió a su hijo (1) a conferenciar con el señor Díaz proponiéndole saliera de la ciudad con el mayor número de elementos de guerra que pudiera y fuera a reunirse con él, y formar así un núcleo importante, que convenientemente organizado, podría imponerse en todo el País. El plan del Coronel de la Llave era ocupar con las fuerzas sublevadas el camino de Veracruz, amagando a Puebla, donde contaba con partidarios de importancia, y una vez tomada Puebla, marchar sobre la Capital de la República que no podría defenderse, dado el número de los que la atacarían. Pero para todo ello era indispensable que los recursos que habían caído en poder de los revolucionarios en Veracruz no se perdieran, y en su concepto, y así lo dijo su enviado a don Félix Díaz, si éste se encerraba en Veracruz, era imposible conservarlos.

El Coronel González de la Llave también contaba con los amigos que tenía en la Costa de Sotavento del Estado de Veracruz, que irritados por lo que se había hecho al candidato popular en toda la región, estaban ansiosos de lanzarse a la lucha para derrocar al Gobierno del señor Madero, a quien personalmente culpaban de lo sucedido, en virtud de los telegramas de que he hablado antes, y que ya eran del dominio público en toda la Costa. Todos creían que si D. Félix Díaz acepta el plan propuesto por el Coronel González de la Llave, en pocos días habría habido una columna de más de diez mil hombres a la que no habrían podido resistir las guarniciones de Orizaba, Córdoba, Tehuacán y Puebla, y todas estas ciudades habrían caído en poder de los revolucionarios en menos de quince días. Pero la obsesión de don Félix Díaz

(1)—Muerto poco después en un combate con los zapatistas.

era absoluta: por ningún motivo quería salir de Veracruz, e invariablemente contestaba a los que le hacían insinuaciones en tal sentido, que para abandonar la plaza no valía la pena de haberla tomado. Fué imposible afortunadamente para el Gobierno, que sus amigos pudieran convencerlo de que la toma de Veracruz debía considerarse únicamente como un golpe para proporcionarse recursos, y que no tenía ningún objeto encerrarse en la plaza, para exponer a la ciudad a un bombardeo o caer, como cayó, haciendo inútiles todos los sacrificios hechos, y nulas todas las ventajas adquiridas.

Frustrado el golpe de Veracruz, los enemigos de Madero, resueltos a hacerlo caer, buscaron otra bandera; pero no la había. El General Reyes estaba preso, y su conducta entregándose en Linares, no era para grangearle adeptos, sin embargo, había un grupo de hombres que le eran leales, que seguían creyendo que don Bernardo Reyes era la única salvación posible para el País, y que a pesar de todos los fracasos, estaban dispuestos a arriesgar todo por él. Este grupo, encabezado por el doctor Samuel Espinoza de los Monteros, organizó una inteligencia con los demás enemigos del señor Madero, buscando en la alianza de todos ellos el triunfo.

Los partidarios de don Félix Díaz, quien estaba preso en la fortaleza de Ulúa, juzgaron peligroso se iniciara cualquier movimiento revolucionario, si los dos caudillos de la nueva revolución se encontraban en distintas poblaciones, porque al iniciarse el movimiento, cualquiera de los dos, el que no estuviera en el lugar de los acontecimientos, podía ser sacrificado inmediatamente. Comenzaron pues por trabajar para que fuera llevado a la Ciudad de México don Félix Díaz, y lo hicieron con tan buen éxito y tan hábilmente, que apareció que el Gobier-

no, y no los partidarios de don Félix Díaz, era quien deseaba el traslado del prisionero. Por precaución, sin embargo, no se les puso en la misma prisión, quedando don Félix Díaz en la Penitenciaría, y el General Reyes en la prisión militar de Santiago. El Gobierno estaba completamente ciego, y no vió en todo esto la maniobra de los revolucionarios, que sin embargo, era perfectamente clara.

El General don Manuel Mondragón, que había explotado bastante su influencia cerca del General Díaz durante la administración porfirista, contaba con bastantes amigos entre los oficiales de Artillería, por haber sido Jefe del Departamento, en el Ministerio de la Guerra, muchos años. El fué quien asumió la jefatura de los partidarios de don Félix Díaz.

Los reyistas por su parte, habían conseguido la colaboración del General don Gregorio Ruiz, jefe distinguido de Caballería, que había estado al frente del Departamento en el Ministerio de Guerra, y quien, como Diputado al Congreso de la Unión, gozaba de fuero constitucional; así creían que estaba a salvo de ser aprehendido en caso de una denuncia sobre la conspiración.

Para estar en relación constante con el General Reyes, sin despertar las sospechas del Gobierno, el contacto lo tenían por medio de la señora S....., quien haciéndose pasar por sobrina del General Reyes, había obtenido permiso para visitar a éste en su prisión, con la frecuencia que quería. La señora S..... se comunicaba con el General Ruiz y transmitía a éste los acuerdos del General Reyes, por medio de las hijas del General Ruiz, a quienes encontraba generalmente en la Iglesia, aún cuando algunas veces, cuando la cosa urgía mucho, se veían en sus respectivas casas.

Existían además otros focos de conspiración en la misma Ciudad de México, siendo de importancia el que encabezaban los señores Alberto García Granados y Carlos G. de Cosío, en buena inteligencia con los revolucionarios del Norte, y el de los señores Vázquez Gómez en buena armonía con Zapata y los revolucionarios del Estado de México.

Bien pronto estuvieron de acuerdo los reyistas y felicitistas con el grupo que encabezaba el señor García Granados; pero no les fué posible ponerse en completa inteligencia con el señor Vázquez Gómez, que si bien simpatizaba con cualquier movimiento que derrumbara al señor Madero, no entendía que pudiera sustituirlo otra persona sino él. Pretextó que tenía que consultar con su hermano que estaba en Texas, para que prescindiera de los derechos que creía tener para ser la cabeza de la nueva revolución. Así, el doctor Vázquez Gómez alargaba las pláticas y no llegaba a comprometerse con nadie.

La mayor parte de los jefes del Ejército estaban profundamente disgustados. El Ministro García Peña, trataba mal a todo el mundo, y el Subsecretario General Plata, no tenía las simpatías de nadie. Los dos habían sido ascendidos a Generales de División, con perjuicio de muchos más antiguos y los dos estaban reputados en el Ejército, como carentes de espíritu militar.

El Presidente de la República, por su parte, no se daba cuenta de la situación, seguía soñando en que su popularidad era la misma que al triunfo de la revolución; y jalado de uno a otro lado por las grandes pasiones que agitaban a los que le rodeaban, su espíritu era cada día más vacilante; políticamente, más ciego.

Su hermano don Gustavo había comenzado a declinar en el ánimo del señor Madero, subiendo en el despresti-

gio popular, especialmente por la guerra que le hacían subrepticamente algunos ministros en la prensa.

Don Gustavo Madero era un hombre de buena inteligencia, aunque algo lento en su concepción. Esto es, no era un hombre que rápidamente concibiera y se penetrara de las ideas que se le exponían, necesitaba empaparse bien del hecho y del argumento, y en muchas ocasiones, era necesario desmenuzarlos para que alcanzara su exacta extensión; pero acababa por darse cuenta exacta de los asuntos, de los fenómenos sociales, estimando con certeza el alcance de unos y otros y sus consecuencias. Era confiado, pero no cándido: voluntarioso e imperante; pero con gran dominio sobre sus nervios que rara vez lo traicionaban: trabajador, audaz, y de gran energía. Era, en su trato, atractivo; pero en su fondo palpitaba cierto egoísmo, y tal vez una gran ambición, que a todo trance quería encubrir.

Era sagaz y previsor, pero impaciente, y esta impaciencia lo hacía aparecer a veces como impulsivo.

Desde el triunfo de la revolución, fué el blanco de todos los ataques, y como a su lado se agrupaban los impulsivos, los irreconciliables y los resueltos, se le juzgó el autor, o cuando menos el prohijador de todos los actos violentos que se ocurrían a los maderistas, y en los que él, en muchas ocasiones, no sólo no intervenía, sino que reprobaba. Poco a poco, merced a la prensa anti-gobiernista, que no siempre se atrevía a atacar al Presidente de la República, y se desquitaba atacando al hermano; y merced a la gobiernista que queriendo presentarlo con un gran poder, echaba sobre sus hombros la obra del Gobierno, se formó una reputación de monstruo, que estaba muy distante de merecer.

“El País” lo había atacado rudamente, había llega-

do a la injuria personal, y algún partidario de don Gustavo, tal vez más tonto que malo, quiso vengar la ofensa, que se le había hecho, agrediendo al Director del periódico, don Trinidad Sánchez Santos. El atentado dió motivo a nuevas injurias y a nuevos ataques, no contra los agresores, sino contra el señor Madero, que en honor de la verdad, era extraño a la agresión.

Ante las vociferaciones de sus enemigos que las hacían aparecer como el eco del clamor popular, ante la ola de desprestigio que envolvía a don Gustavo, hasta la misma familia llegó a convencerse que hacía gran daño al Gobierno, y se resolvió que saliera del País. Se le nombró Embajador Especial de México en el Japón; pero con la idea resuelta de que no regresara al País, sino pasados algunos años. Don Gustavo Madero, que era el único que veía claro en medio de la obscuridad en que estaban envueltos el Gobierno, y su familia, se sometió a la decisión tomada y comenzó a hacer sus preparativos de viaje, que mataba todas sus ambiciones políticas, pero que también mataba al Gobierno Constituido.

Una vez que se hizo público el viaje de don Gustavo Madero, se perdió todo miedo al Gobierno; se creía, tal vez sin razón, que don Gustavo era el único capaz de reprimir con mano firme cualquiera intentona de revolución; y siendo evidente que había un rompimiento, en el que se sacrificaba al Jefe del Partido Constitucional Progresista, era claro que éste no se echaría más odiosidades encima, por un Gobierno que tan mal le pagaba sus sacrificios.

La "porra," sin trabas de ninguna especie, no teniendo quien la contuviera en sus desmanes, iba a dar rienda suelta a las pasiones de los que formaban aquella entidad morbosa.

"La Nueva Era," periódico formado por don Gustavo Madero para defender al Gobierno, había cambiado de directores con bastante frecuencia: ninguno daba la medida que el Gobierno o don Gustavo, necesitaban; libre de sus compromisos, dió también rienda suelta a las intemperancias de lenguaje que era la nota saliente de los que formaban el Partido Constitucional Progresista. Hasta esos momentos los mismos afiliados, especialmente los de "la porra," habían juzgado débil a don Gustavo porque no permitía que sus amigos lo comprometieran imprudentemente e impedía con energía que se traspasaran ciertos límites en el ataque.

Don Gustavo Madero tenía bastante tacto político; a veces coartaba la libertad a sus partidarios, y en otras los estimulaba para hacerse temer por sus adversarios; pero siempre procurando controlar los ataques y refrenar los ímpetus de sus amigos. Quitado el freno, aquella prensa fué una máquina loca que contribuyó poderosamente al desprestigio del Gobierno, y eso, que aún no sabía del País don Gustavo Madero.

Cuando el público advirtió que don Gustavo Madero no pesaba ya en el ánimo de su hermano, como al principio de la revolución; cuando se le juzgó caído en desgracia, la mala voluntad que se le había tenido, se convirtió en odiosidad y no hubo crimen que no se le imputara, ni fraude en el que no se le creyera mezclado. Su reputación de hombre audaz se convertía, por la inquina que se le había echado encima, en poco escrupuloso en los negocios, y su ambición política, en sed insaciable de honores y riquezas.

Para el público, palpitaba en él la idea de suceder a su hermano; y aún más, se creía que esa ambición personal reflejaba el anhelo de toda la familia que deseaba no

abandonar el Poder que había conquistado uno de los suyos. Y como en don Gustavo Madero podía cristalizar más fácilmente el pensamiento que se juzgaba dominaba a la familia, en torno suyo se agrupaban los partidarios más resueltos, y en él veía la opinión pública el mayor peligro.

La odiosidad para don Gustavo Madero era debida, no a su carácter, ni a sus actos, sino principalmente a las que se juzgaban sus futuras ambiciones; al deseo, oculto, probablemente, según su propio sentir, pero claro y evidente para los enemigos de la política maderista, de ser el segundo en la serie de gobernantes de la familia a que estaba condenado el País.

Se había luchado contra don Porfirio Díaz que se había entronizado en el Poder, no obstante que los progresos materiales de la Nación eran indudables; no podía consentirse que esa perpetuidad fuera el patrimonio de una familia cuyo primer ensayo era casi un desastre nacional. Esta era el arma que esgrimían los enemigos del Gobierno y así se explica el odio que se formó contra un hombre, que en realidad no tuvo poder, ni había ejercido cargo alguno que pudiera hacerlo odioso, y que procuraba servir a todos los que se le acercaban.

La historia de los científicos se repetía y don Gustavo Madero heredaba el papel odioso que el General Díaz había hecho representar a aquellos.

Los enemigos que tenía don Gustavo Madero, ante la resolución de alejarlo del País, tomaron nuevos bríos, y los ataques se recrudecieron, no sólo contra él, sino contra todos los que creían hechura suya. El señor Pino Suárez fué rudamente atacado, y como era hombre de pasiones, a su vez hizo atacar a sus enemigos. El principal de ellos, para él, era el licenciado Flores Magón, Minis-

tro de Gobernación, que jamás contó con las simpatías del Vicepresidente. La polémica entre ambos se hizo pública, llegó a los periódicos, y motivó que el señor Flores Magón saliera del Ministerio. El texto de la renuncia del Ministro, indica el estado de ánimo de los que estaban en el Gobierno.

Al señor Flores Magón lo sustituyó el licenciado don Rafael L. Hernández, Ministro de Fomento; al señor Hernández, el Ministro don Manuel Bonilla; y la Cartera de Comunicaciones fué dada al señor don Jaime Gurza, que era Subsecretario de Hacienda.

Don Gustavo Madero comenzó sus preparativos de viaje, y en ellos estaba cuando sobrevinieron los acontecimientos que dieron como resultado la caída del Gobierno. El, vió el peligro con perfecta claridad, pero fué el único, en el gobierno; todos los demás estaban ciegos.

